



LEYENDAS DE ANIMALIA
EL DEVORADOR
DE ESTRELLAS

Víctor Fernández García

LEYENDAS DE ANIMALIA
EL DEVORADOR
DE ESTRELLAS



Primera edición: enero de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Víctor Fernández García

© Ilustraciones: Vlad Strange

ISBN: 978-84-19595-62-1

ISBN digital: 978-84-19595-63-8

Depósito legal: M-927-2023

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

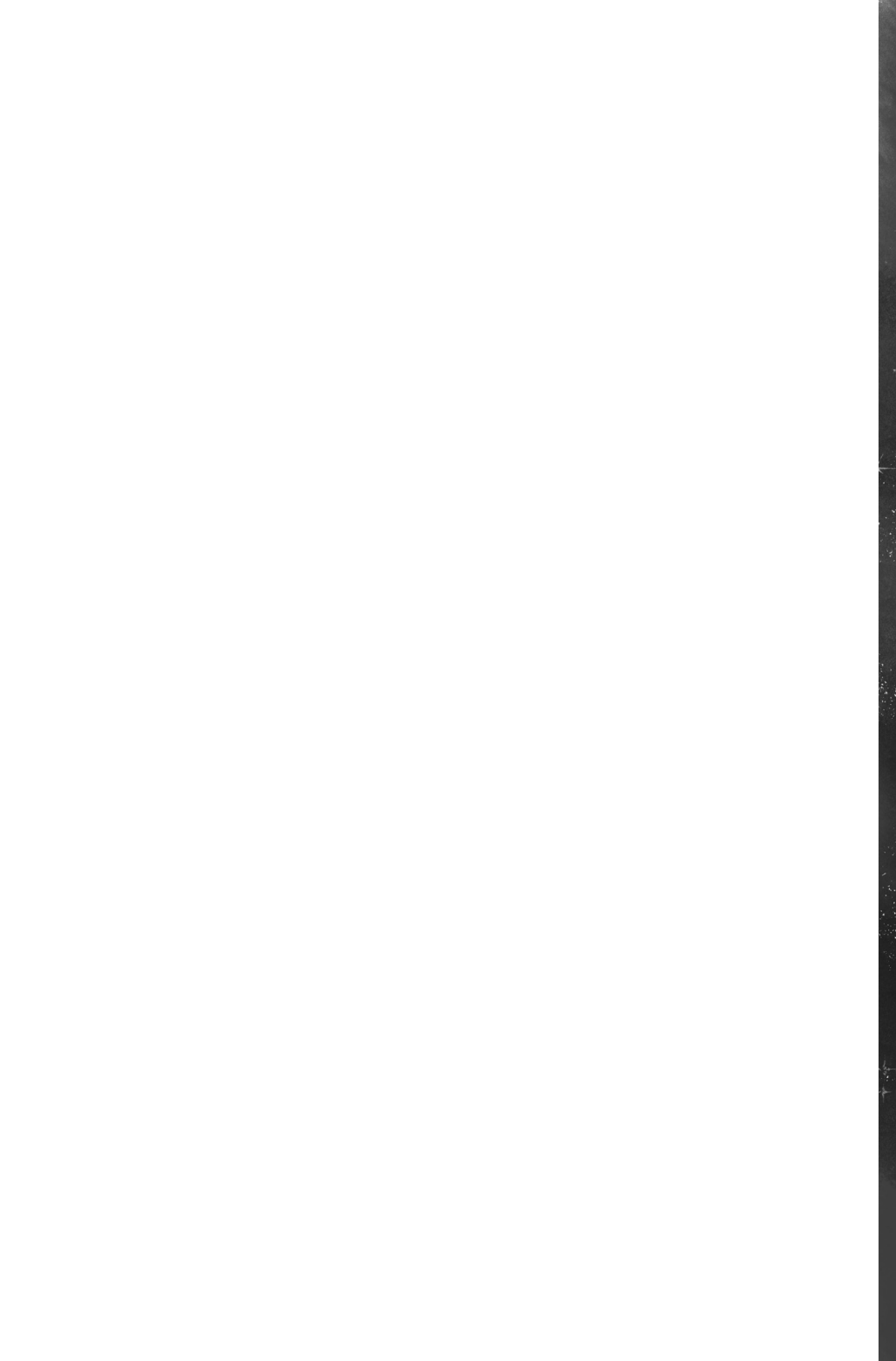
28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

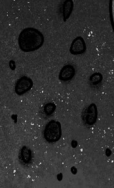
Para Sora y Cui



ADUNAS'PENAS



LOS METEORRITOS



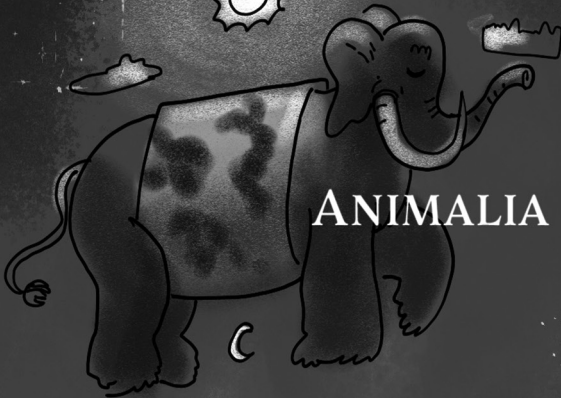
ÉLTACO



MISS COMETAS



ANIMALIA



LOS CONFINES DEL UNIVERSO







PRÓLOGO

En el silencio de la inmensidad del universo habitaba una sombra sin nombre.

El brillo de las estrellas se apagaba a su paso.

Engullidas, veían extinta su aura de luz.

Caían en la oscuridad por cientos, y pronto miles de millones de ellas desaparecían del manto astral sin dejar más rastro que la dantesca silueta de algo moviéndose entre las tinieblas.

Sin embargo, el propietario de la sombra sí tenía nombre.

DeLutor era posiblemente el ser vivo más longevo de cuantos krakens había esparcidos por los recónditos confines del espacio.

Era viejo, tanto, que parecía que se había hartado de la vida, alcanzando un estado de hastío tal que todo lo quería engullir.

Desde su telescopio de mayor rango de alcance, un sujeto dejó escapar un berrido de puro pavor al contrastar el mayor de sus temores.

En su planeta, Adunas'Penas, los Dioses no parecían preocuparse en exceso, nunca y por nada. El porvenir de los destinos de su pueblo, según decían, estaba escrito. Y con final feliz, por lo que la totalidad del populacho parecía acatar, asumir y respetar cuanto acontecía en sus vidas.

Pero ese no era el caso de Jerónimo Glífico.

Su afán por perfeccionar su observatorio iba más allá del mero coleccionismo de telescopios. También era un erudito en la antigua, y prohibida, ciencia de la astronomía.

Sabía que, ahí fuera, uno podía encontrar criaturas de naturaleza excepcional. Mundos para no acabar uno su exploración. No obstante, nunca nadie habló de algo capaz de engullirlo todo a su paso.

Mientras se armaba de valor para corroborar su propia teoría, Jerónimo acercó lentamente su ojo de reptil a la mirilla de TeleScorpion. Había bautizado así al aparejo dado su descomunal alcance, comprimido en un pequeño artefacto.

Cuando discernió lo que este le mostraba, trató de gritar nuevamente, víctima de un terror tan grande que se desmayó golpeando la mirilla con su cola.

TeleScorpion giró y giró.

Si, cuando al fin se detuvo, alguien hubiese mirado a través de él, se hubiese encontrado con un espacio de ocio. Concretamente, con un bar de mala muerte. En sus afueras, una pequeña multitud crecía en masa, crispación e ira.

—Vamos, no es para tanto, ah...

Un pequeño murciélago miraba el interior de los lavabos públicos con una irónica muestra de sonrisa en su rostro. Frente a él, a sus lados y por la espalda, los individuos más fornidos y peligrosos del barrio le miraban con suma severidad.

Tras unos cuantos golpes, redujeron al ser alado, llevándose al exterior del bar, donde la multitud, nada más verle, dio comienzo a un clamor de justicia.

Solo alguien quedó en la escena del crimen.

Una polilla bien grande llamada Vuelinna se acercó, tras revolotear indecisa, a los baños. Según decían, aquello era algo dantesco. Terrible y sin parangón.

Espátula y ella habían estado de copas toda la noche y buena parte de la madrugada.

Nunca había visto a nadie lamentarse tanto por todo y, al mismo tiempo, ingerir tal cantidad de batido de fresa sin acudir ni una sola vez al excusado.

Cuando alcanzó el último de los servicios, Vuelinna se llevó una mano a la boca, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Oh, Espátula. Ahora sí que te has pasado —fue lo único que pudo susurrar.



*D*e un certero y potente mandoble, Bermúdez cayó al suelo.

—*¡Ma esbo* daño!

Mientras Husk adoptaba una pose de victoria, al pequeño ratón no le temblaron las piernas para volver a tenerse en pie.

Aquello no había hecho más que comenzar.

Tal suponía lo enérgico de sus pasos, que la expresión de Husk fue mutando de la satisfacción al pavor. Más aún cuando Bermúdez asió la cola naranja del felino para escalar por ella en dirección a la espalda.

Husk se sacudió a sí mismo, provocando que su joven rival se desplomase, nuevamente, sobre el suelo.

—*¡Ma vuerto acé* daño!

Lejos de enseñar a Bermúdez a hablar correctamente, su madre había optado por enriquecer su ya de por sí simpática verborrea con toques de su propio acento.

Dalamy conformaba el único público para la clase semanal de esgrima.

Eso lo sabía bien el ratoncillo, que una vez más arremetía contra su rival con tal de no decepcionar a su madre.

Cuando Husk movía su espada, varios preocupantes crujidos emanaban de distintos puntos de su cuerpo. Fue uno en concreto el que le hizo parar el combate.

Sin embargo, pese a que el rey emérito abandonó dejando caer su arma, Bermúdez no pareció hacer caso alguno a dicho acontecimiento.

¡Ouch! ¡Auch!

Pequeños gritos de agudo dolor emergieron de la boca de Husk mientras su nieto le pinchaba la barriga aquí y allá.

Dalamy reía ostensiblemente.

—¡Vamos, a ver si así se desinfla un poco ese panzón!

Husk giró la cabeza, dispuesto a protestar ante tales declaraciones, momento en el cual Bermúdez asestó su mandoble definitivo en dirección al morro de su abuelo.

Se hizo el silencio.

El ratón dio algunos pasos atrás, indecisos.

Dalamy se llevó la mano a la boca, con los ojos muy abiertos.

El último en darse cuenta de lo que ocurría fue Husk. No obstante, le bastó llevarse una pata al mentón para darse cuenta de que ahí faltaba algo.

Un bigote pasó por delante de su campo de visión, trazando un zigzagueo pausado en dirección al resto de bigotes, desparramados por el suelo.

Tras unos segundos de pura incomodidad, Husk alzó la cabeza, tratando de hablar con toda la solemnidad de la que su aspecto le privaba.

—¿Creéis que es la primera vez que me cortan algunos bigotes? —su altanería provocó que, al unísono, Dalamy y Bermúdez estallasen en risas cómplices. Husk agarró uno de sus bigotes, adoptando lo que creía una noble pose.

—Has peleado bien, bravo joven guerrero —pronunciaba las palabras mientras tocaba con la punta de su bigote los hombros de un Bermúdez arrodillado—. Puedes portar mi bigote con honor.

El ratón alzó una mirada rebotante de ilusión.

—¿Me lo *pneo quedá*?

Cuando Husk asintió, el ratoncillo partió, bigote en mano, en dirección a su madre. Dalamy, sin embargo, no parecía demasiado contenta. Más bien taciturna, con el ceño fruncido, observaba como el patio donde se encontraban se llenaba de repente de toda una serie de emisarios.

Rodearon a Husk, haciendo señas a la reina para que se acercase.

Tras unos instantes, Husk y Dalamy intercambiaron sendas miradas cargadas de preocupación.

Si al hecho de haber atrapado al Conde Espátula con las manos en la masa se le añadía lo que acababan de escuchar, las noticias no podían ser peores.

Ramírez estaba histérico.

Eso lo sabía bien el detective Funesto LoOtro, reconvertido en una suerte de todoterreno ducho en cualquier tipo de problemática. El amor era lo que ahora mismo le ocupaba.

El pie del ratón pisaba a tal velocidad el suelo del despacho que Funesto tuvo a bien darle una respuesta en ese mismo instante.

—¿Dices que ya apenas habláis?

El asentimiento por parte de la cabeza del ratón también se produjo con total urgencia.

—¿Y que apenas encontraréis tiempo para vosotros?

Funesto agarró su puro a medio encender del cenicero, dispuesto a dar una larga calada. La actitud de Ramírez se lo impidió. Llevándose una mano a la boca, dejó ir un chillido cargado de lamento mientras las lágrimas se abrían paso por su rostro desde una melancólica mirada.

El tiburón, que no era precisamente ducho en consolar, se levantó de su sillón para mirar por la ventana.

A lo lejos, en el horizonte, podía divisarse la costa.

Aquello suponía un alivio para el detective, que siempre encontraba en esa sedante visión la inspiración necesaria para, si no resolver, sí acercarse a la solución de sus casos.

Este en concreto parecía bien sencillo.

—Estáis en una señora crisis matrimonial.